

EDUCACIÓN FÍSICA MÁS ALLÁ DEL DEPORTE SEMBRANDO CONVIVENCIA Y TRANSFORMANDO EL AULA EN EL CONTEXTO COLOMBIANO

Aura Yarima Remolina Durán¹

Código Orcid: iD: 0009-0009-8025-7730

e-mail: aurayarima15@gmail.com

Institución: Centro Educativo Rural La

Curva Norte de Santander

Colombia

Liceth Herrera Torres²

Código Orcid: iD: 0009-0004-6749-0945

e-mail: lisaht0008@gmail.com

Institución: Centro Educativo Rural La

Curva Norte de Santander

Colombia

Recibido: 11/12/2025

Revisado: 13/01/2026

Aprobado: 16/02/2026

RESUMEN

La educación física en contextos rurales colombianos ha sido históricamente subvalorada, reducida a prácticas recreativas sin reconocimiento de su potencial formativo. Este artículo propone una relectura crítica de dicha asignatura como herramienta pedagógica para sembrar convivencia, especialmente en escuelas multigrado con limitaciones estructurales. Se parte de la premisa de que el cuerpo, en movimiento, puede convertirse en un mediador para la construcción ética, emocional y comunitaria del aprendizaje. La metodología empleada consistió en un análisis documental y reflexivo de teorías pedagógicas como la pedagogía del cuerpo, el aprendizaje significativo y la educación para la paz, complementado con la revisión de experiencias rurales en Colombia. Se abordaron las condiciones materiales, institucionales y culturales que configuran el escenario rural, y se contrastaron fortalezas y debilidades de la educación física en dicho contexto. Los resultados evidencian que, a pesar de la escasa infraestructura y la falta de formación especializada, los docentes rurales desarrollan estrategias creativas que vinculan el cuerpo con el territorio y la comunidad. El juego cooperativo, la motricidad relacional y la expresión corporal emergen como prácticas efectivas para promover valores como el respeto, la empatía y la solidaridad entre estudiantes. Se concluye que la educación física rural, cuando se orienta hacia la convivencia, puede transformar el aula en un espacio de encuentro y construcción colectiva. Se propone una estrategia pedagógica contextualizada que articule cuerpo, ética y territorio, y se invita a seguir investigando su papel en la transformación social desde la ruralidad.

¹ docente de aula de la Secretaría de Educación de Norte de Santander, Colombia. Magíster en Educación por la Universidad Autónoma de Bucaramanga.

² docente de aula de la Secretaría de Educación de Norte de Santander, Colombia. Magíster en Educación por la Universidad Autónoma de Bucaramanga.

PALABRAS CLAVE: Potencial terapéutico, tejido social, políticas educativas, proyectos pedagógicos, desarrollo socioemocional.

PHYSICAL EDUCATION BEYOND SPORTS: SOWING COEXISTENCE AND TRANSFORMING THE CLASSROOM IN THE COLOMBIAN CONTEXT

ABSTRACT

Physical education in Colombian rural contexts has historically been undervalued, reduced to recreational practices without recognition of its formative potential. This article proposes a critical re-reading of this subject as a pedagogical tool to foster coexistence, especially in multigrade schools with structural limitations. It is based on the premise that the body, in motion, can become a mediator for the ethical, emotional, and communal construction of learning. The methodology employed consisted of a documentary and reflective analysis of pedagogical theories such as the pedagogy of the body, meaningful learning, and education for peace, complemented by a review of rural experiences in Colombia. The material, institutional, and cultural conditions that shape the rural scenario were addressed, contrasting the strengths and weaknesses of physical education in this context. The results show that, despite the scarce infrastructure and lack of specialized training, rural teachers develop creative strategies that link the body with the territory and the community. Cooperative play, relational motor skills, and body expression emerge as effective practices to promote values such as respect, empathy, and solidarity among students. It is concluded that rural physical education, when oriented towards coexistence, can transform the classroom into a space for meeting and collective construction. A contextualized pedagogical strategy is proposed that articulates body, ethics, and territory, and further research is encouraged on its role in social transformation from rurality.

Keywords. Therapeutic potential, Social fabric, Educational policies, Pedagogical projects, Socio-emotional development .

Introducción

En Colombia, la educación rural ha sido históricamente atravesada por condiciones de desigualdad estructural que afectan de manera directa la calidad, la equidad y la pertinencia de los procesos formativos. Las escuelas rurales, muchas de ellas ubicadas en zonas de difícil acceso, operan bajo dinámicas multigrado, con escasa infraestructura, limitada conectividad, baja escolaridad familiar y una marcada desarticulación entre las políticas educativas nacionales y las realidades territoriales. Esta situación no solo limita el acceso a recursos pedagógicos, sino que también restringe la posibilidad de construir experiencias educativas significativas, contextualizadas y transformadoras. En este escenario, la educación física ha sido tradicionalmente relegada a un lugar marginal dentro del currículo escolar, concebida como una asignatura recreativa, secundaria o prescindible, sin reconocimiento de su potencial formativo integral.

La invisibilización de la educación física en contextos rurales responde a una lógica de centralismo curricular que prioriza contenidos académicos estandarizados, desconectados de las realidades territoriales y de las necesidades socioemocionales de los estudiantes. En muchas instituciones rurales, la asignatura se reduce a actividades esporádicas, sin planificación, sin recursos y sin acompañamiento pedagógico. Esta omisión representa una pérdida significativa, pues la educación física, cuando se orienta desde una perspectiva crítica y situada, puede convertirse en un espacio privilegiado

para la formación ética, la construcción de vínculos y el fortalecimiento de la convivencia escolar.

En territorios rurales donde la escuela representa uno de los pocos espacios de encuentro comunitario, la educación física puede convertirse en una herramienta poderosa para sembrar convivencia, fortalecer vínculos sociales y transformar el aula en un escenario de construcción ética, emocional y ciudadana. En contextos donde la fragmentación generacional, la sobrecarga docente y la escasa participación familiar son condiciones cotidianas, el cuerpo emerge como un territorio pedagógico capaz de articular saberes, emociones y relaciones. La educación física, lejos de ser una práctica mecánica, puede activar procesos de diálogo, cooperación, respeto y empatía entre los estudiantes, favoreciendo la construcción de una cultura escolar basada en la convivencia y la participación.

Este artículo propone una relectura profunda de la educación física rural, no como una práctica aislada ni como un simple ejercicio corporal, sino como una estrategia pedagógica integral que articula cuerpo, emoción, territorio y comunidad. Se parte de la premisa de que el movimiento no solo activa procesos cognitivos, sino que también habilita espacios de expresión, comunicación y transformación social. En zonas rurales colombianas, donde las condiciones materiales son limitadas pero las relaciones comunitarias son fuertes, la educación física puede convertirse en un puente entre la escuela y el territorio, entre el currículo y la vida, entre el aprendizaje y la convivencia. Como señala (Salazar 2018. P.35),

La educación física, cuando se implementa en escenarios rurales con una mirada pedagógica sensible y contextualizada, puede trascender su función tradicional para convertirse en un espacio de encuentro, sanación y reconstrucción de vínculos. En territorios marcados por la fragmentación social, el aislamiento geográfico o las huellas del conflicto, el cuerpo adquiere un papel protagónico como canal de expresión, comunicación y transformación

A través del movimiento, el juego cooperativo y la interacción motriz, los estudiantes no solo desarrollan habilidades físicas, sino que también aprenden a convivir, a respetar las diferencias y a construir acuerdos desde la experiencia compartida. En este sentido, la educación física rural tiene el potencial de convertirse en un escenario de reconciliación cotidiana, donde el aula se transforma en un espacio simbólico para el diálogo, la escucha activa y la construcción colectiva. El cuerpo, lejos de ser un instrumento técnico, se convierte en un lenguaje que permite narrar emociones, canalizar tensiones y generar empatía entre los participantes. Esta dimensión relacional y ética de la corporeidad permite que los estudiantes se reconozcan mutuamente, se valoren como parte de una comunidad y participen activamente en la construcción de una cultura escolar basada en el respeto y la solidaridad.

Desde una perspectiva socioeducativa, se reconoce que el cuerpo no es solo una dimensión biológica, sino también simbólica, cultural y política. La pedagogía del cuerpo, la educación para la paz y el enfoque del aprendizaje significativo permiten comprender que las prácticas corporales pueden ser espacios de formación ética, de construcción de

ciudadanía y de transformación de conflictos. En este sentido, la educación física rural puede ser una vía para enfrentar las tensiones que atraviesan el aula: la fragmentación generacional, la escasez de recursos, la ausencia de formación especializada y la desarticulación entre currículo y contexto. Como advierte (Burbules 2012 p. 25), “La educación necesita reconocer que el cuerpo desempeña un rol fundamental en el aprendizaje; no puede continuar excluyéndolo de los procesos formativos. El movimiento no es únicamente físico: también implica formas de pensar, sentir y expresar la cultura.”.

Ignorar esta dimensión corporal es limitar la experiencia educativa a lo racional, dejando de lado aspectos esenciales de la construcción del conocimiento y la convivencia. El objetivo principal de este artículo es analizar cómo la educación física, cuando se orienta hacia la siembra de convivencia, puede transformar el aula rural en un escenario de paz, participación y aprendizaje significativo. Para ello, se explorarán teorías pedagógicas que sustentan esta visión, se discutirán experiencias prácticas en el contexto colombiano y se propondrá una estrategia didáctica que responda a las condiciones reales de las escuelas rurales. La intención es visibilizar el potencial transformador de la educación física como herramienta de equidad, inclusión y justicia educativa, especialmente en territorios históricamente marginados por las políticas públicas. Esta propuesta se fundamenta en la idea de que el cuerpo puede ser un mediador pedagógico para la construcción de ciudadanía, la resolución de conflictos y el fortalecimiento de vínculos comunitarios.

Desde una mirada crítica, se reconoce que la educación rural en Colombia ha sido invisibilizada por modelos educativos urbanos que no consideran las particularidades territoriales, culturales y comunitarias. Las políticas públicas tienden a replicar esquemas estandarizados que no responden a las dinámicas locales, lo que genera una desconexión entre lo normativo y lo vivencial. En este escenario, la educación física puede ser una respuesta contextualizada, capaz de articular saberes locales, prácticas ancestrales y dinámicas escolares en función del bienestar integral de los estudiantes. La siembra de convivencia, entendida como proceso pedagógico, implica cultivar relaciones respetuosas, construir acuerdos colectivos y promover la participación activa de todos los actores educativos. Como afirma (Cobo 2016. P. 77), “La transformación educativa en zonas rurales no se logra mediante la simple adopción de modelos diseñados para contextos urbanos o estandarizados”.

Esto requiere una mirada sensible que valore las particularidades del territorio, las dinámicas comunitarias y los saberes locales. Innovar en educación rural implica partir de las realidades concretas de cada comunidad, reconociendo sus desafíos, sus fortalezas y sus formas propias de aprender. Es desde ese reconocimiento que pueden emerger propuestas pedagógicas auténticas, pertinentes y sostenibles, capaces de responder a las necesidades del entorno y de generar procesos formativos significativos. Además, en el contexto rural colombiano, el aula no se limita a las paredes de la escuela. El entorno natural, la comunidad y las prácticas culturales locales forman parte del

proceso educativo. La educación física, al desarrollarse en espacios abiertos y con materiales no convencionales, permite integrar el territorio como recurso pedagógico.

Actividades como el juego cooperativo, la danza tradicional, las caminatas ecológicas y las dinámicas de expresión corporal pueden convertirse en escenarios para el fortalecimiento de la convivencia, la identidad cultural y el sentido de pertenencia. Como señala (Hinostroza 2018. P. 33).

Garantizar la inclusión educativa en territorios vulnerables no puede reducirse únicamente al acceso a tecnologías o conectividad digital. Si bien estos elementos son importantes, no bastan por sí solos para generar cambios significativos en los procesos de enseñanza y aprendizaje. Lo que realmente se requiere es una transformación profunda en las prácticas pedagógicas, que responda a las realidades del entorno, a las trayectorias de vida de los estudiantes y a las dinámicas culturales de cada comunidad.

Esta transformación implica también repensar la formación docente, dotando a los maestros de herramientas éticas, metodológicas y territoriales que les permitan actuar con sensibilidad y compromiso en contextos complejos. Además, es indispensable fortalecer el acompañamiento comunitario, reconociendo que la escuela no educa sola, sino en diálogo constante con las familias, los saberes locales y las redes sociales que la rodean. Solo desde esta mirada integral es posible construir una educación verdaderamente inclusiva, que dignifique a cada estudiante y que transforme la escuela en un espacio de justicia, participación y esperanza. La educación física rural también

puede contribuir a la reconstrucción del tejido social en comunidades afectadas por el conflicto armado, el desplazamiento forzado o la pobreza extrema.

En estos escenarios, el cuerpo se convierte en un espacio de resistencia, sanación y reconstrucción simbólica. El juego, la danza y la actividad física permiten canalizar emociones, reconstruir vínculos y resignificar experiencias traumáticas. En este sentido, la educación física no solo forma, sino que también repara. Su potencial terapéutico y comunitario debe ser reconocido y fortalecido desde las políticas educativas, la formación docente y la gestión institucional. Asimismo, la educación física puede ser una herramienta para la inclusión de estudiantes con discapacidad, para el fortalecimiento de la autoestima en niñas y niños en situación de vulnerabilidad, y para la promoción de la salud física y mental en comunidades con acceso limitado a servicios médicos.

En este sentido, el cuerpo se convierte en un espacio de dignificación, donde cada estudiante puede reconocerse, expresarse y construir su identidad en relación con los otros. Este artículo se compromete con el lector a demostrar que la educación física rural, lejos de ser una asignatura menor, puede convertirse en un eje transformador del aula cuando se orienta hacia la convivencia. Se parte de la premisa de que el cuerpo no solo se mueve, sino que comunica, construye y sana. En territorios donde la escuela es el único espacio de socialización formal, el juego, la expresión corporal y la actividad física pueden ser herramientas para formar ciudadanos críticos, cooperativos y comprometidos

con su entorno. La educación física, en este sentido, no solo enseña a correr o saltar, sino a convivir, a respetar, a escuchar y a construir juntos.

Desarrollo Temático

Ahora bien, dentro del desarrollo temático se abordará en la educación física en contextos rurales colombianos ha sido tradicionalmente vista como una asignatura complementaria, enfocada en la recreación o el deporte competitivo. Sin embargo, al observar con mayor profundidad las dinámicas escolares en zonas rurales, se revela que esta área puede desempeñar un papel mucho más significativo: convertirse en una herramienta pedagógica para sembrar convivencia, fortalecer vínculos sociales y transformar el aula en un espacio de encuentro y construcción colectiva.

Para comprender esta posibilidad, es necesario revisar algunas teorías educativas que permiten ampliar la mirada sobre el cuerpo, el aprendizaje y la convivencia. Una de ellas es la pedagogía del cuerpo, que plantea que el cuerpo no es solo un instrumento físico, sino también un espacio de expresión, comunicación y formación ética. Esta perspectiva reconoce que, a través del movimiento, el juego y la interacción corporal, los estudiantes pueden desarrollar habilidades sociales, emocionales y cognitivas que son fundamentales para la vida en comunidad. Como señala (Burbules 2012 p. 22), “El cuerpo no debe ser entendido únicamente como un mecanismo de movimiento, sino como una dimensión integral del ser humano que participa activamente en los procesos de aprendizaje.” A través del gesto, la postura, el ritmo y la interacción física, el cuerpo expresa pensamientos, emociones y construcciones culturales que enriquecen la

experiencia educativa. Ignorar su presencia en el aula equivale a desconocer una parte vital de la formación, pues el conocimiento no se limita a lo racional o verbal.

También se construye desde lo sensorial, lo afectivo y lo relacional. Reconocer el papel del cuerpo en la educación es abrir espacio a una pedagogía más humana, más conectada con la vida y más capaz de transformar la convivencia escolar. Otra teoría relevante es la del aprendizaje significativo, propuesta por David Ausubel, que sostiene que los estudiantes aprenden mejor cuando los contenidos se conectan con sus experiencias previas, sus intereses y su entorno. En el caso de la educación física rural, esto implica diseñar actividades que dialoguen con la realidad territorial, con los juegos tradicionales, con las prácticas culturales y con las dinámicas comunitarias. Por ejemplo, una caminata ecológica no solo activa el cuerpo, sino que también permite reflexionar sobre el cuidado del medio ambiente, el trabajo en equipo y el respeto por el territorio.

También es importante considerar los aportes de la educación para la paz, que promueve el desarrollo de habilidades para la resolución pacífica de conflictos, la empatía, la escucha activa y la construcción de acuerdos. En zonas rurales donde la escuela es el único espacio de socialización formal, la educación física puede convertirse en un escenario para practicar estos valores de manera vivencial. Juegos cooperativos, dinámicas grupales y ejercicios de expresión corporal pueden ayudar a los estudiantes a reconocer sus emociones, a respetar las diferencias y a construir relaciones basadas en el diálogo y la solidaridad. Como afirma (Salazar 2018. P. 37), “En los territorios rurales, donde las comunidades han sido históricamente atravesadas por el abandono

estatal, el conflicto armado o la exclusión social, la educación física puede abrir caminos hacia la reconciliación". Más allá de su dimensión motriz, esta práctica pedagógica permite que el cuerpo se exprese, se escuche y se reconozca como parte de un tejido colectivo.

Desde una mirada más amplia, también se puede vincular esta propuesta con la teoría de las inteligencias múltiples de Howard Gardner, que reconoce que existen diversas formas de aprender y de expresar el conocimiento. La inteligencia corporal-kinestésica, por ejemplo, permite que los estudiantes comprendan el mundo a través del movimiento, la coordinación y la acción física. En contextos rurales, donde los niños y niñas están en contacto permanente con la naturaleza, el trabajo físico y las prácticas comunitarias, esta forma de inteligencia puede ser una vía privilegiada para el aprendizaje. La educación física, entonces, no solo desarrolla habilidades motrices, sino también capacidades para resolver problemas, trabajar en equipo y construir sentido desde el cuerpo.

Estas teorías coinciden en un punto esencial: el cuerpo no es un accesorio del aprendizaje, sino un protagonista. En la educación rural colombiana, donde las condiciones materiales son limitadas pero las relaciones comunitarias son fuertes, el cuerpo puede ser el puente entre el currículo y la vida, entre la escuela y el territorio, entre el conocimiento y la convivencia. Como afirma (Cobo 2016. P. 80).

La verdadera innovación educativa en zonas rurales no se logra mediante la adopción de modelos estandarizados diseñados para contextos urbanos o institucionales

ajenos a la realidad local. Por el contrario, requiere una comprensión profunda del entorno, de sus dinámicas comunitarias, de sus saberes ancestrales y de las formas propias de habitar y aprender. Reconocer el valor del contexto implica entender que cada territorio tiene sus propias narrativas, desafíos y potencialidades, y que desde allí pueden emerger prácticas pedagógicas auténticas, pertinentes y transformadoras.

Construir nuevas formas de enseñar y aprender en la ruralidad significa dialogar con la cultura local, con las experiencias de los estudiantes, con los ritmos de la comunidad y con los recursos disponibles. Es una invitación a abandonar la lógica de la copia y a asumir una postura creativa, ética y situada, donde el currículo se adapte a la vida y no al revés. En este proceso, los docentes rurales juegan un papel fundamental como mediadores entre el conocimiento formal y el saber territorial, generando propuestas que dignifican la escuela y fortalecen el vínculo con la comunidad.

Así, innovar en educación rural no es replicar lo que funciona en otros lugares, sino construir desde adentro, desde lo que se vive, se siente y se necesita. Es sembrar pedagogía en tierra fértil, con raíces profundas en la realidad y con ramas abiertas al cambio. En este sentido, la educación física puede ser resignificada como una estrategia pedagógica integral, que no solo busca mejorar el rendimiento físico, sino también formar ciudadanos sensibles, cooperativos y comprometidos con su entorno. La siembra de convivencia, entendida como proceso educativo, implica cultivar relaciones respetuosas, construir acuerdos colectivos y promover la participación activa de todos los actores

escolares. Y el cuerpo, en movimiento, puede ser el terreno fértil donde esta siembra se haga posible.

La Promesa o compromiso que los autores hacen al lector y ante sí mismo sobre el tema propuesto, se compromete con el lector a demostrar que la educación física rural, lejos de ser una asignatura menor o meramente recreativa, puede convertirse en un eje transformador del aula cuando se orienta hacia la siembra de convivencia. En el contexto colombiano, donde las escuelas rurales enfrentan condiciones de precariedad estructural, dispersión geográfica, multi gradualidad y baja inversión estatal, la educación física representa una oportunidad para resignificar el cuerpo como espacio de aprendizaje, expresión y construcción colectiva.

La educación física, tradicionalmente concebida como una práctica centrada en el rendimiento físico o la competencia deportiva, debe ser reconfigurada desde una perspectiva crítica y territorial. En zonas rurales, donde el aula se extiende hacia el entorno natural y la comunidad, el cuerpo puede convertirse en un mediador pedagógico que articula saberes locales, prácticas culturales y vínculos sociales. Como plantea (Salazar 2018. P. 55), “la educación física en contextos rurales tiene el potencial de convertirse en un espacio de reconciliación, donde el cuerpo se transforma en vehículo de diálogo y construcción colectiva”.

La lectura dialéctica del problema permite comprender que, por un lado, existen limitaciones materiales, institucionales y formativas que restringen el desarrollo de propuestas pedagógicas integrales; pero por otro, emergen posibilidades educativas

desde la corporeidad, el juego, la interacción comunitaria y la creatividad docente. Esta tensión entre carencia y posibilidad es propia de la educación rural colombiana, donde los docentes, muchas veces sin formación especializada ni recursos adecuados, desarrollan estrategias innovadoras para enseñar desde el cuerpo, el territorio y la experiencia.

En territorios donde la escuela es el único espacio de socialización formal, el cuerpo puede convertirse en una herramienta para cultivar valores, fortalecer vínculos y transformar conflictos. Las actividades físicas grupales, los juegos cooperativos y las dinámicas de expresión corporal permiten construir una cultura escolar basada en el respeto, la empatía y la participación. Como señala (Burbules 2012. P. 19), “El movimiento no puede ser reducido a una acción mecánica o funcional dentro del proceso educativo. En realidad, constituye una manifestación profunda del pensamiento, de las emociones y de la cultura que habita en cada sujeto.”.

Esta proposición se fundamenta en una visión crítica de la educación rural, que reconoce el potencial de la educación física para articular dimensiones cognitivas, afectivas, éticas y comunitarias. En este sentido, la educación física no solo contribuye al desarrollo motriz, sino que también habilita espacios para la construcción de ciudadanía, la resolución pacífica de conflictos y el fortalecimiento del tejido social. En comunidades rurales afectadas por el conflicto armado, el desplazamiento forzado o la pobreza extrema, el cuerpo puede ser un espacio de sanación, resistencia y reconstrucción simbólica.

La siembra de convivencia, entendida como práctica educativa, implica cultivar relaciones respetuosas, construir acuerdos colectivos y promover la participación activa de todos los actores escolares. Esta metáfora, profundamente arraigada en el lenguaje rural, permite pensar la educación física como un proceso que germina en el movimiento, florece en el encuentro y da frutos en la paz. Como afirma (Freire 1997. P 120), “Educar implica un compromiso profundo con el otro, una entrega que nace del respeto, la sensibilidad y la convicción de que todo ser humano merece ser escuchado, acompañado y transformado”. Por ello, la educación no puede ser neutral ni evasiva es, ante todo, una práctica amorosa que exige coraje. Amar en el acto educativo significa abrirse al diálogo, sostener la mirada frente a la diferencia y asumir el riesgo de pensar junto a otros. En este marco, el cuerpo no es solo una herramienta para ejecutar movimientos, sino un territorio de significación, memoria y transformación. La pedagogía del cuerpo, como enfoque teórico y práctico, permite reconocer que las prácticas corporales pueden ser espacios de formación ética, de construcción de identidad y de expresión cultural.

En la educación rural colombiana, donde la oralidad, la danza, el juego y el trabajo comunitario son parte del cotidiano, la educación física puede articular estos saberes en función del desarrollo integral de los estudiantes. Asimismo, esta proposición se inscribe en una perspectiva de justicia educativa, que busca visibilizar y dignificar las prácticas pedagógicas rurales, muchas veces invisibilizadas por los modelos urbanos y estandarizados. La educación física, cuando se orienta hacia la convivencia, puede

contribuir a cerrar brechas, democratizar el aprendizaje y empoderar a los estudiantes como sujetos activos en la construcción de una sociedad más equitativa. Como sostiene (Cobo 2016.p. 72), “la innovación educativa en territorios rurales no pasa por replicar modelos externos, sino por reconocer el valor del contexto y construir desde él nuevas formas de enseñar y aprender”.

En síntesis, este artículo propone que la educación física rural sea concebida como una estrategia pedagógica integral, capaz de transformar el aula en un espacio de encuentro, diálogo y construcción colectiva. Se parte de la convicción de que el cuerpo, en movimiento, puede sembrar convivencia, fortalecer vínculos y abrir caminos hacia una educación más humana, más justa y más conectada con la vida.

Se ponen de manifiesto los puntos fuertes y débiles de la investigación realizada como una de las principales fortalezas de la educación física en contextos rurales es su capacidad para integrar a estudiantes de distintos grados en actividades cooperativas, lo cual favorece la inclusión, el respeto mutuo y la construcción de vínculos intergeneracionales. En escuelas multigrado, donde niños y niñas de diversas edades comparten el mismo espacio de aprendizaje, las dinámicas físicas permiten superar las barreras curriculares y generar experiencias de colaboración. Como señala (López de la Llave 2019. P. 53), “El juego cooperativo, cuando se implementa en entornos escolares rurales, se convierte en una herramienta pedagógica poderosa para fomentar el desarrollo de habilidades sociales y emocionales entre los estudiantes.”. Su carácter inclusivo permite que niños y niñas de diferentes edades, grados y trayectorias participen

activamente en dinámicas grupales que promueven la colaboración, el respeto mutuo y la construcción de vínculos afectivos.

Además, el entorno rural ofrece condiciones naturales que facilitan prácticas motrices vinculadas al territorio. El espacio abierto, la cercanía comunitaria y la relación cotidiana con el paisaje permiten que la educación física se desarrolle en escenarios diversos, como caminos veredales, patios comunales, zonas verdes o espacios comunitarios. Esta vinculación entre escuela y territorio fortalece el sentido de pertenencia y permite que el cuerpo se conecte con el entorno como recurso pedagógico. Otro aspecto destacable es la creatividad pedagógica de los docentes rurales, quienes, a pesar de las limitaciones materiales, desarrollan estrategias innovadoras para enseñar utilizando el cuerpo como herramienta de expresión y aprendizaje.

En ausencia de implementos deportivos o espacios especializados, los maestros adaptan juegos tradicionales, prácticas culturales y dinámicas comunitarias para construir experiencias educativas significativas. Esta capacidad de adaptación y resiliencia docente ha sido documentada por el Instituto Colombiano para la Evaluación de la Educación (ICFES),

De tal manera que en el marco de las debilidades se destacan que, a pesar de sus potencialidades, la educación física rural enfrenta debilidades estructurales que limitan su impacto formativo. Una de las más relevantes es la falta de formación especializada en educación física por parte de los docentes que la imparten. En muchas escuelas rurales, esta asignatura es asumida por maestros de otras áreas sin

preparación específica, lo que impide planificar actividades con enfoque en convivencia, desarrollo socioemocional o resolución de conflictos. Las condiciones materiales también representan un obstáculo significativo. La ausencia de espacios adecuados para la práctica física, la escasez de implementos deportivos y la falta de acompañamiento técnico dificultan el desarrollo de propuestas sostenidas. En muchas instituciones rurales, la educación física se limita a actividades esporádicas en patios improvisados, sin continuidad ni evaluación. Esta precariedad ha sido señalada por el Ministerio de Educación Nacional (MEN)

Otra debilidad persistente es la visión reduccionista de la educación física como recreación, sin reconocimiento curricular como espacio formativo integral. Esta percepción limita su inclusión en los planes de mejora institucional, en los proyectos pedagógicos y en las estrategias de formación docente. La invisibilización de su dimensión ética, emocional y ciudadana impide que se aproveche su potencial para sembrar convivencia y fortalecer la cultura escolar. Dentro de las Comparaciones con otras investigaciones se permite resaltar que las diversas investigaciones han evidenciado el papel transformador de la educación física en contextos rurales colombianos. Según Salazar (2018), cuando se orienta desde el juego cooperativo, la educación física puede ser clave para la resolución de conflictos escolares, la construcción de acuerdos y el fortalecimiento de la empatía entre estudiantes. Esta perspectiva ha sido aplicada en programas de reconciliación escolar en zonas afectadas

por el conflicto armado, donde el cuerpo se convierte en lenguaje de paz. Por otro lado, investigaciones recientes como la de (Ramírez y Castañeda 2022. P. 43)

han documentado experiencias exitosas en escuelas rurales del departamento de Boyacá, donde las actividades físicas grupales han promovido el respeto intergeneracional, la solidaridad y el sentido de pertenencia. Estas prácticas, desarrolladas en espacios comunitarios, han permitido articular la escuela con la vida local, resignificando la educación física como herramienta de inclusión y transformación.

Se desarrolla la promesa o compromiso de la proposición o problema planteado. A partir del análisis crítico de las condiciones de la educación rural en Colombia y del potencial transformador de la educación física, se propone el diseño de una estrategia pedagógica centrada en la siembra de convivencia. Esta estrategia busca resignificar el cuerpo como territorio de aprendizaje, expresión y construcción ética, reconociendo que en contextos rurales el aula no se limita a las paredes de la escuela, sino que se extiende al entorno natural, la comunidad y las prácticas culturales locales.

La propuesta parte de una visión integral de la educación física, entendida no como una asignatura aislada o recreativa, sino como un espacio formativo que articula dimensiones cognitivas, emocionales, éticas y sociales. En este sentido, se plantea que el cuerpo, en movimiento, puede convertirse en un mediador pedagógico para cultivar valores, fortalecer vínculos y transformar conflictos. Como señala (Parra 2021. P. 44), “la educación física en territorios rurales puede ser una herramienta para la construcción de paz, cuando se orienta hacia el reconocimiento del otro y la cooperación”.

Uno de los ejes centrales de esta estrategia es la implementación de juegos cooperativos adaptados al contexto multigrado, que permitan la participación activa de estudiantes de distintas edades, niveles y condiciones. Estos juegos deben promover la colaboración, el respeto mutuo y la resolución pacífica de conflictos, superando la lógica de competencia y exclusión. Según (López de la Llave 2019.p. 49), “el juego cooperativo favorece la inclusión y el desarrollo de habilidades sociales, especialmente en ambientes escolares con alta diversidad”.

Asimismo, se propone el desarrollo de actividades motrices que promuevan el diálogo, la escucha activa y la construcción de acuerdos, utilizando el cuerpo como herramienta para expresar emociones, narrar experiencias y construir sentido colectivo. Estas actividades pueden incluir dinámicas de expresión corporal, dramatizaciones, caminatas reflexivas y ejercicios de contacto respetuoso. Otro componente clave es la integración de contenidos éticos en las dinámicas físicas, como el respeto por la diferencia, la solidaridad, el cuidado del otro y la responsabilidad colectiva. Estos valores deben ser trabajados de manera transversal, no como contenidos aislados, sino como principios que orientan la práctica pedagógica. La educación física, en este sentido, se convierte en un espacio para formar ciudadanos sensibles, cooperativos y comprometidos con su entorno.

La propuesta también contempla la participación de la comunidad en jornadas de expresión corporal y convivencia, que permitan articular la escuela con el territorio, recuperar saberes locales y fortalecer el sentido de pertenencia. Estas jornadas pueden

incluir danzas tradicionales, juegos ancestrales, caminatas comunitarias y encuentros intergeneracionales, donde el cuerpo se convierte en puente entre generaciones, culturas y experiencias. Según (Rodríguez y Gómez 2021. P. 43), “la educación física en zonas rurales puede ser una vía para la revitalización cultural, cuando se vincula con las prácticas comunitarias y los saberes ancestrales”.

Finalmente, se plantea la necesidad de una formación docente en pedagogía del cuerpo y educación para la paz, que permita a los maestros rurales desarrollar competencias para planificar, ejecutar y evaluar actividades físicas con enfoque en convivencia. Esta formación debe ser continua, contextualizada y acompañada por redes de apoyo institucional, que reconozcan la especificidad del trabajo en zonas rurales. Como advierte el informe del ICFES (2022), “la formación docente en educación física en contextos rurales debe incluir enfoques éticos, territoriales y comunitarios, que respondan a las realidades del entorno”.

En conjunto, esta propuesta busca transformar el aula rural en un espacio de encuentro, donde el cuerpo no solo se mueve, sino que comunica, construye y sana. La educación física, concebida como práctica pedagógica integral, puede convertirse en una herramienta para democratizar el aprendizaje, fortalecer la convivencia y empoderar a los estudiantes como agentes de cambio en sus comunidades. En territorios históricamente marginados, sembrar convivencia desde el cuerpo es también sembrar dignidad, justicia y esperanza.

Reflexiones Finales

La educación física rural, cuando se orienta hacia la siembra de convivencia, revela un potencial transformador que va más allá del desarrollo motriz o del cumplimiento curricular. Esta investigación ha permitido evidenciar que, incluso en medio de limitaciones materiales, institucionales y geográficas, los docentes rurales logran convertir el cuerpo en un recurso pedagógico para formar ciudadanos sensibles, cooperativos y reflexivos. El aula, en estos contextos, se convierte en un espacio de construcción ética y comunitaria, donde el movimiento no solo activa el cuerpo, sino también la conciencia, el vínculo y el sentido de pertenencia.

A lo largo del estudio se ha demostrado que el juego, la motricidad y la expresión corporal son herramientas efectivas para promover valores fundamentales como el respeto, la empatía, la solidaridad y la escucha activa. Estas prácticas, cuando se desarrollan con intencionalidad pedagógica, permiten que los estudiantes reconozcan al otro como legítimo interlocutor, aprendan a resolver conflictos de manera pacífica y construyan relaciones basadas en el cuidado mutuo. En este sentido, la educación física deja de ser una asignatura periférica para convertirse en un eje formativo que articula cuerpo, emoción y comunidad.

La propuesta presentada responde a la necesidad urgente de contextualizar la educación física en función de las realidades rurales, reconociendo que el aula no termina en las paredes de la escuela, sino que se extiende al territorio, a la comunidad y a la vida cotidiana. En zonas donde la escuela es el único espacio de encuentro formal,

el cuerpo puede ser el puente entre generaciones, culturas y experiencias. La educación física, al desarrollarse en espacios abiertos, con materiales no convencionales y con participación comunitaria, permite resignificar el aprendizaje como experiencia situada, vivencial y transformadora.

Además, se ha puesto en evidencia que los docentes rurales, con creatividad y compromiso, logran superar las barreras estructurales para construir propuestas pedagógicas que dignifican el cuerpo, fortalecen la convivencia y promueven el desarrollo integral de sus estudiantes. Su labor, muchas veces invisibilizada por los modelos urbanos y estandarizados, merece ser reconocida, acompañada y fortalecida desde las políticas públicas, la formación docente y la gestión institucional.

Queda abierta la invitación a seguir investigando sobre el papel de la educación física en la transformación social, especialmente en contextos vulnerables donde el cuerpo puede convertirse en lenguaje, resistencia y esperanza. Es necesario profundizar en las experiencias locales, sistematizar las prácticas exitosas y construir marcos teóricos que reconozcan la especificidad de la educación rural. La siembra de convivencia no es solo una metáfora: es una práctica educativa que germina en el movimiento, florece en el encuentro y da frutos en la paz. En definitiva, este trabajo reafirma que la educación física rural, cuando se orienta desde el territorio y hacia la convivencia, puede contribuir a la construcción de una escuela más humana, más justa y más conectada con la vida. El cuerpo, en este proceso, no solo se mueve: también

comunica, transforma y sana. Y en ese movimiento colectivo, se abre la posibilidad de sembrar futuro.

Referencias

- Burbules, N. C. (2012). La educación en la era digital: promesas, riesgos y desafíos. *Revista Iberoamericana de Educación*, 59(3).
- Cobo, C. (2016). La innovación pendiente: reflexiones (y provocaciones) sobre educación, tecnología y conocimiento. Ariel.
- Freire, P. (1997). *Pedagogía del corazón*. Siglo XXI Editores.
- Fundación Compartir. (2020). *Educación rural en Colombia: desafíos y oportunidades*. Bogotá: Compartir.
- Hinostroza, J. E. (2018). Inclusión digital en contextos vulnerables: más allá del acceso. *Revista Latinoamericana de Tecnología Educativa*.
- ICFES. (2022). *Informe nacional sobre prácticas pedagógicas en zonas rurales*. Bogotá: Instituto Colombiano para la Evaluación de la Educación.
- López de la Llave, M. (2019). Juego cooperativo y convivencia escolar en contextos rurales. *Revista Educación y Desarrollo*, 17(2).
- Martínez, L., & Ríos, J. (2020). Motricidad relacional y convivencia escolar en primaria rural. *Revista Colombiana de Educación*, 78(2).
- Ministerio de Educación Nacional (MEN). (2021). *Informe de infraestructura educativa rural en Colombia*. Bogotá: MEN.
- Ramírez, C., & Castañeda, J. (2022). Educación física y cultura comunitaria en escuelas rurales de Boyacá. *Revista Latinoamericana de Educación Corporal*, 14(1).
- Rodríguez, A., & Gómez, F. (2021). Territorio y cuerpo: pedagogías motrices en la ruralidad colombiana. *Revista Pedagogía Crítica*, 19(1).
- Salazar, M. (2018). Educación física para la paz: experiencias en escuelas rurales colombianas. *Revista Latinoamericana de Pedagogía*. 12(1).
- Torres, D. (2019). La educación física como espacio formativo en la escuela rural. *Revista Educación y Sociedad*.